

obispo de S. Luis, residente en aquella ciudad:

«Señor director: Entre los despachos telegráficos publicados el viernes 25 de Octubre en vuestro diario, encuentro uno concebido en estos términos: «Segun las noticias de México, los arzobispos de Guanajuato, Lérida y San Luis, han escrito al general Forey, ofreciéndole el apoyo de su clero contra Juárez.»

Aunque estas noticias son falsas, no dejarán llegando á México, de producir una recrudescencia en la persecucion contra el clero. Por esta razon no puede dejar de contradecirlas. El inventor de esas noticias no conoce ciertamente á México, por esto sin duda no les ha sabido dar una apariencia de verdad.

En la República mexicana, no hay más que un sólo arzobispo, el de México, de donde se infiere que los tres arzobispados citados arriba, no existen. Guanajuato jamás ha sido ciudad episcopal ni hay obispado que lleve ese nombre. En todo el territorio mexicano, no se halla una localidad que lleve el nombre de Lérida. Existe un obispado bajo el nombre de S. Luis de Potosí, y yo soy el obispo de aquella diócesis. Si me hallo fuera de mi residencia episcopal, es porque he sido desterrado de mi patria sin motivo, lo mismo que todos los prelados mexicanos. En Europa, donde residí desde hace año y medio, no me he ocupado de los negocios políticos de mi país, y es falso que haya yo escrito carta alguna al general Forey. Rechazo, pues, la calumniosa asercion de quien por medio de semejantes noticias, trata acaso de hacer más dura todavía la persecucion del clero mexicano.»

Al publicar el *Sécle* de Paris este documento, dice: esta carta merece fijar la atencion del público y de todos los hombres imparciales, no sólo como un mentis á la noticia sobre la pretendida carta escrita al general Forey, sino como un síntoma del espíritu que anima á los mismos miembros del partido conservador ó reaccionario, que se encuentran desterrados de la patria á consecuencia de la revolucion.

#### LA CUESTION MEXICANA EN EL SENADO.

El sexto párrafo del proyecto de contestacion al discurso de la corona, estaba concebido en estos términos:

«Indudablemente entre las tres expediciones lejanas, seguidas por los votos del

país y que contempla con esperanza el porvenir de la civilizacion, la de México ha sido objeto de ansiosa perplejidad desde el momento de la retirada de las dos potencias, nuestras auxiliares. Hoy no queda más que avanzar y fiarnos en nuestras heroicas tropas de tierra y mar. Cuando la bandera está enfrente del enemigo, cuando nuestros valientes soldados vuelven sus ojos al apoyo de la patria, no hay otra política para un cuerpo deliberante que enviarle los testimonios de su admiracion.»

Este galimatías dió motivo el 29 de Enero á una discusion digna de él, y que resume así el extracto oficial de la sesion:

El Sr. marqués de Boissy: Tomo la palabra porque creo que no hay ningun mal en que haya una discusion de una ó dos horas sobre el proyecto de contestacion. (*Risas*.) Apruebo sin reserva los términos y el espíritu del proyecto. No haré más que una observacion acerca del párrafo sexto, y es que la comision se ha mostiado demasiado cortés; que ha ocultado su pensamiento bajo expresiones que no lo expresan completamente, y que chocarán al espíritu nacional en Francia. La comision habla de la *retirada* de las dos potencias nuestras auxiliares en México. Pues bien! Esta expresion de retirada es una inexactitud. Lo que hubo fué desercion al frente del enemigo, lo que hubo fué traicion de parte de una de las potencias aliadas (*murmillos*), y señores, esta traicion ha sido tal, que cuando se obtuvo del general español, no sé bien por qué medios, que nos abandonara, que nos traicionara, la Inglaterra temia de tal modo que el valiente ejército español se negara á seguir á su jefe en su defeccion, que ofreció sus buques para transportar á Cuba á los soldados españoles.

La expresion empleada es, pues, inexacta. Yo protesto contra ella, no será aprobada en Francia, ni podrá ser explicada. Es cierto que hubo traicion, porque la Inglaterra esperaba que sufriríamos á consecuencia de su conducta, una gran pérdida de hombres y dinero. Y para aprovecharse de ella, preparaba sus famosos medios de defensa, que no son en realidad más que medios de ataque. Su objeto ha sido el mismo en todo tiempo. Acordaos de 1814 y de 1815, y consultad á Mr. Thiers. Ha subsistido siempre entre nuestros vecinos la opinion de que la Francia y la Inglaterra son dos potencias que no pueden coexistir. (*Risas y murmullos*.) Si soy ridículo se reirán de mí; si me equivoco, se me contestará; pero no creo equivocarme. La Inglaterra ha tra-

bajado siempre para que nos debilitemos: de aquí proviene su última traicion. Hé aquí por qué encuentro la expresion de la comision inexacta y demasiado cortés.

Entre esos medios de ataque que prepara la Inglaterra, ha habido uno que celebró con todo mi corazón, y es la institucion de los voluntarios. ¿Por qué? Porque es un medio revolucionario. Se dice que los ingleses respetan la ley. No, respetan á los dragones. Cuando la instrucion de los voluntarios haya habituado á todo el mundo al manejo de las armas, el pueblo dejará de tener miedo á los dragones y ya veremos en qué para entonces la ley.

Detesto la revolucion, pero la amo y la deseo en Inglaterra. (*Risas*.) Si la Inglaterra favorece la revolucion en todas partes, es porque no la teme en su casa. Gracias á los voluntarios, la tendrá en breve, y este será para mí un dia de felicidad. (*Risas*.)

El Sr. general Husson: La expedicion de México es un negocio considerable de que fuertemente se preocupan los ánimos no sólo en las altas regiones. En la masa del pueblo todos se preguntan la causa de la guerra, y si ella justifica los gastos y los sacrificios que nos acarrea, sacrificios considerables sin duda, pero que se han exagerado mucho en una parte del público. Para contestar á la ansiedad que se ha manifestado, para dar algunas explicaciones á este respecto, y para afirmar mi aprobacion de la conducta del gobierno, es para lo que he pedido la palabra.

Deploro los gastos á que estamos obligados, siento los sufrimientos de nuestro valiente ejército bajo esa bandera gloriosa y brillante imagen de la patria, que lleva con tanta altivez. .... (*aprobacion*) pero una gran nacion tiene á veces tristes necesidades que sufrir por interés de su honor y de su poder.

¿Qué es lo que ha pasado en México? Allí se han desconocido los tratados, se ha insultado y encarcelado á nuestros nacionales, estos han sido objeto de numerosos despojos, y no se han castigado las violencias cometidas contra ellos. Semejante conducta imponia al gobierno el deber de hacer oír la voz de la Francia, la voz del emperador. En México se habia agotado la longanimidad, y llegó el tiempo de dar pruebas de vigor y de resolucion.

La España y la Inglaterra quisieron hacer causa comun con nosotros, pero lo confieso, esta triple alianza no me inspiró desde el principio sino muy mediana confianza..... Tal vez obra en mí la obstina-

da conviccion de antiguo prisionero de los pontones ingleses, que cree que la Inglaterra de 1863 es la misma de 1815.

Por otra parte, el Sr. conde de Reus, sin explicar su conducta, ha hablado mucho de su hoja toledana..... (*Risas*.) Siento que la haya vuelto á la vaina antes de haber vengado los agravios que la España puede reprochar á México hace tanto tiempo. (*Risas*.) Por lo demás, el tirano mixicano ha visto brillar la espada de Magenta y Solferino, ha oído el eco de aquel cañon que el almirante Baudin hizo resonar en San Juan de Ulúa, y pronto obtendrá la Francia una justa satisfaccion. (*Muy bien!*)

Para concluir, añadiré que hubiera deseado que la comision del senado, para expresar más explícitamente su aprobacion á la expedicion de México, hubiese añadido un párrafo concebido en estos términos: «La Francia se debia á sí misma proseguir el logro de las reparaciones legítimas que el gobierno del emperador habia pedido á México.»

M. de Forcade de la Roquette: Sentiria yo que las palabras del Sr. marqués de Boissy y del Sr. general Husson no fuesen, ante el senado, objeto de una enérgica protesta. No me esplico, sobre todo, la persistencia del Sr. marqués de Boissy, en suscitar pasiones que á nuestro honor conviene dejar en el olvido. (*Aprobacion*.)

Esos sentimientos no son los del senado, no son los del país. Los sentimientos del país han sido expresados de una manera tan elevada como brillante por el emperador, y esto me excusa de insistir más en este punto. Sólo con este lenguaje puede contestarse á pasiones que ya no son de nuestro tiempo.

No es verdad, como decia el Sr. marqués de Boissy, que la Francia y la Inglaterra no puedan coexistir la una á lado de la otra. Por el contrario, su coexistencia corresponde á ideas diferentes, y hace honor á la civilizacion. La Inglaterra representa sobre todo la liberal, á la que está más amoldada que nosotros, y la Francia representa la igualdad que falta á la Inglaterra. La representacion de estas ideas es necesaria á la vez á la grandeza de los dos países y al progreso de la civilizacion. (*Muy bien!*)

Sin más debate se procede á la votacion, y el párrafo 6.º queda aprobado.

No hay duda en que el senado francés ha ilustrado muchísimo la cuestion mexicana. Napoleon debe haber quedado sobremodera complacido. La elocucion decae en

Francia bajo la presión del régimen del 2 de Diciembre, y la charla de políticos de café pueden ofrecer más talento, más previsión que los debates del senado del imperio.

LA PROYECTADA MEDIACION FRANCESA EN  
LOS ESTADOS-UNIDOS.

«Mr. Drouyn de Lhuys á Mr. Mercier. —Departamento de negocios extranjeros. —Paris, 9 de Enero de 1863.—Sr. ministro: al formar el designio de contribuir, con la oferta de nuestros buenos oficios, á abreviar el período de las hostilidades que desolan el continente americano, hemos obedecido ante todo á los sentimientos de amistad que animan al gobierno del emperador hácia los Estados Unidos. El poco éxito de nuestros esfuerzos hubiera podido enfriar el interés con que seguimos las vicisitudes de esta lucha; pero el sentimiento, al cual obedecemos, es demasiado sincero para que la indiferencia pueda hallar lugar en nuestro espíritu, ó para que dejemos de afectarnos penosamente con la continuación de la guerra. No podemos ver sin profundo sentimiento esa lucha peor que una guerra civil, comparable á las terribles dislaceraciones de la antigua república romana, y cuyos desastres se multiplican en proporción de los recursos y del valor que despliega cada uno de los beligerantes. El gobierno de S. M. ha examinado, por tanto, seriamente las objeciones que nos han sido hechas cuando hemos sugerido la idea de una mediación amistosa, y nos hemos preguntado si realmente eran de tal clase que hiciesen desechar como prematura toda tentativa de reconciliación.

Se nos ha opuesto por una parte la repugnancia de los Estados Unidos á admitir la inmisión de una influencia extranjera en la querrela; por otra, la esperanza que el gobierno federal no ha abandonado de obtener una solución por la fuerza de las armas.

El recurrir á los buenos oficios de una ó muchas potencias neutrales, señor ministro, no tiene seguramente nada de incompatible con el legítimo orgullo de una gran nación, y las diferencias internacionales no son las únicas que suministran ejemplos de la utilidad de una mediación. Nos lisongeamos además de que al ofrecer el ponernos á disposición de las partes beligerantes para facilitar negociaciones

entre ellas, hemos guardado al patriotismo de los Estados Unidos todas las atenciones á que tiene derecho, hoy más que nunca, después de las nuevas pruebas que ha dado de fuerza y de energía normal. No nos hallamos menos dispuestos, en los votos que formamos en favor de la paz, á tomar en cuenta todas las susceptibilidades del sentimiento nacional, y no ponemos de modo alguno en cuestión el derecho del gobierno federal de rehusar el concurso de las grandes potencias marítimas de la Europa.

Pero este concurso no es el único medio que se ofrece al gabinete de Washington para acelerar el término de la guerra. Si cree deber rechazar toda interposición extranjera, ¿no podría aceptar honrosamente la idea de conferencias directas con la autoridad que pueda representar á los Estados del Sur? Sabemos que el gobierno federal no desespera de dar más activo impulso á las hostilidades: los sacrificios que han hecho no han agotado sus recursos, y aun menos su perseverancia y su determinación. La prolongada duración de la lucha, en una palabra, no ha conmovido su confianza en el resultado final de sus esfuerzos. Pero la apertura de conferencias entre los beligerantes, no implica necesariamente la cesación inmediata de las hostilidades. Las negociaciones con objeto de la paz no son siempre la consecuencia de una suspensión de la guerra. Ellas preceden, al contrario, las más veces al establecimiento de una tregua.

¿Cuántas veces no se ha visto reunirse los plenipotenciarios, cambiar comunicaciones, ponerse de acuerdo acerca de todas las disposiciones esenciales de un tratado, resolver, en fin, la cuestión misma de la paz ó de la guerra, mientras los jefes de los ejércitos continuaban la lucha y se esforzaban hasta el último momento á modificar las condiciones de la paz por la suerte de las armas? No harémos mención más que de un recuerdo, tomado de la historia de los Estados Unidos: las conferencias que consagraron su independencia, principiaron largo tiempo antes de que hubiesen cesado las hostilidades, y el armisticio no se estableció sino por el acta de 30 de Noviembre de 1782, que bajo el título de artículos provisionales, comprendían anticipadamente las principales cláusulas del tratado definitivo de 1783.

Nada impediría, pues, al gobierno de los Estados Unidos, sin renunciar á las ventajas que cree poder esperar de la continuación de la guerra, en entrar en confe-

rencias con los Estados confederados del Sur, en el caso en que éstos se mostrasen dispuestos á ello. Los representantes ó comisarios de las dos partes, se reunirían en el lugar que se juzgase conveniente designar, y que se podría neutralizar á este efecto. Los agravios recíprocos serían examinados en esta reunión. En lugar de las acusaciones que el Norte y el Sur se hacen mutuamente hoy, se procedería á una discusión razonada de los intereses que los dividen; se examinaría en deliberaciones tranquilas y profundas si esos intereses son definitivamente irreconciliables; si la separación es un extremo que no puede ya evitarse, ó bien, si los recuerdos de existencia común y los lazos de todo género que por tanto tiempo han hecho del Norte y del Sur un solo Estado federado, y los ha elevado á tan alto grado de prosperidad, no son más poderosos que las causas que han puesto las armas en manos de las dos poblaciones.

Una negociación cuyo objeto se hubiera determinado así, no traería consigo ninguna de las objeciones hechas contra la intervención diplomática de Europa, y sin dar lugar á las mismas esperanzas que la conclusión inmediata de un armisticio, ejercería una feliz influencia en la marcha de los acontecimientos.

¿Por qué, pues, una combinación que respeta todas las conveniencias de los Estados Unidos no obtendría la aprobación del gobierno federal?

Persuadidos por nuestra parte de que ella es conveniente á sus verdaderos intereses, no vacilamos en recomendarla á su atención; y como no hemos buscado en el proyecto de una mediación de las potencias marítimas de Europa una vana ostentación de influencia, aplaudiríamos, exentos de toda susceptibilidad de amor propio, la apertura de negociaciones que condujeran á las dos poblaciones á discutir sin el concurso de Europa, la solución de sus diferencias. Os ruego, señor ministro, que deis al gabinete de Washington, la seguridad de ello, sometiendo á su sabiduría esos consejos que dicta el interés más sincero por la prosperidad de los Estados Unidos. Estais además autorizado, si Mr. Seward manifiesta desearlo, á dejarle copia de este despacho.

Dignaos, etc.—*Drouyn de Lhuys.*»

«Mr. Seward á Mr. Dayton.—Departamento de Estado.—Washington, 6 de Febrero de 1863.—Señor: El aviso que me daís en vuestro despacho de 15 de Enero (núm. 255), de que puedo esperar una vi-

sita especial de Mr. Mercier, se ha realizado. Me ha hecho la visita el 3 del corriente, y me ha dado copia de un despacho que acaba de recibir de Mr. Drouyn de Lhuys, con fecha 9 de Enero. He tomado instrucciones del presidente, y voy ahora á comunicaros su ideas acerca del asunto en cuestión.

Se le ha considerado con el más serio exámen; resultado de la reflexión de que la nación francesa toma ciertamente una gran parte en las desgracias y calamidades que atrae á la nación americana, nuestra desgraciada guerra civil. En esta ocasión, no menos que en otras muchas, no podemos olvidar las tradiciones de amistad entre los dos países, la que, no dudamos creerlo, ha inspirado los consejos que Mr. Drouyn de Lhuys ha dado. Dice: «Sabemos que el gobierno federal no desespera de dar más activo impulso á las hostilidades,» y en otra parte observa: «En una palabra, la prolongación de la lucha no ha promovido la confianza del gobierno federal en el suceso definitivo de sus esfuerzos.»

Estas frases me parecen, sin que su autor haya tenido intención de ello, impropias del lenguaje confidencial ó público que este gobierno ha tenido constantemente sobre la guerra. El gobierno no ha tenido ciertamente ni confesado más que un solo objeto, la determinación de mantener la integridad del país. Lléjos de admitir alguna disminución de esfuerzos, ó de manifestar algún desaliento, el gobierno se ha conducido por el contrario con firmeza en todas las vicisitudes, y su confianza en el triunfo próximo y completo de la causa nacional no ha variado.

Ahora, que en cierto modo somos invitados por una potencia amiga á pasar revista á los veintiun meses de la historia del conflicto, no vemos motivo para no abrigar esa confianza, con la cual, en medio de una alternativa de victorias y de derrotas, consecuencias inevitables de los incidentes de la guerra, las fuerzas de tierra y de mar de los Estados Unidos han avanzado seguramente, reclamando á los insurrectos los puertos, los fuertes y los puestos de que se han apoderado con la traición antes que principiase la lucha actual, y aun antes de que se temiese fundadamente. Se han vuelto á poner bajo la bandera de la Union tantos Estados y distritos que los insurrectos comprendían en el campo de la dominación exclusivamente esclavista que proyectaban, que ya no conservan hoy más que los Estados de